

# EL HOMBRE AMERICANO Y SUS PROBLEMAS

POR

JOSE CORONEL URTECHO

## I

El tema de esta conferencia —“El hombre americano y sus problemas”— es demasiado vasto, vago y desconcertante para un modesto intelectual hispanoamericano. Solamente para concretarlo sería necesario un equipo de especialistas. Aun con los resultados obtenidos por éstos no se adelantaría mucho en el conocimiento del hombre americano. Los problemas no serían del hombre americano como hombre, sino problemas para técnicos —económicos, sociales, educacionales, sanitarios, etc.—, una verdadera Babel de problemas en la que todo aparecería menos el hombre. Confundiríamos, como suele ocurrir en América, al hombre con las situaciones en que se encuentran los habitantes de aquellos numerosos países.

Nos ocurriría lo que al novelista inglés H. G. Wells cuando visitó los Estados Unidos. Cuando hubo visto Nueva York le decían: “Nueva York, por supuesto, no son los Estados Unidos.” Lo mismo le dijeron después que recorrió Nueva Inglaterra, el Medio Oeste, el Sur, el Far West y el Noroeste: “Eso no son los Estados Unidos.” Hasta que Wells acabó por preguntarse: “¿Es que existen los Estados Unidos?” Si nosotros examináramos las diferentes variedades de hombres que pueblan América, acabaríamos también por preguntarnos: ¿es que existe el hombre americano?

Aparentemente ocurre lo mismo en los otros continentes con hombres de tantas nacionalidades, ideas y problemas. Pero frente a los orientales, por ejemplo —chinos, hindúes—, sentimos que hay en el fondo de ellos algo profundo, un respaldo milenario, raíces muy adentradas en el suelo. Vemos detrás de sus personas una manera inmensamente antigua, inconfundible, de ser hombre. Ante el hombre europeo vemos como una luz, una gran claridad —sabemos lo que hay detrás—, una historia, una literatura, un arte incomparables que son como una revelación del hombre mismo y como un sondeo en el significado de lo humano. Ante el hombre europeo parece que todo se explicara, que él mismo nos explicara lo que puede aclararse del misterio del hombre.

En cambio, frente a nosotros, americanos, no les pasa eso a los otros pueblos, no nos pasa eso a nosotros mismos. Notamos como una falta de hondura, de densidad, de perspectiva; que falta algo, que en cierto

modo el hombre americano no está completo, que hay en él una relativa deficiencia de humanidad. Damos la impresión de que no tenemos suficiente respaldo humano. Tal vez el americano se defina precisamente por no estar bien definido, por no acabar de definirse.

Lo que yo me propongo ahora es nada más que enfocar al hombre americano de una cierta manera, muy esquemáticamente. Para este fin es necesario simplificar.

El pueblo de Sevilla, uno de los más sabios y graciosos pueblos del mundo, nos simplifica de una manera muy divertida. El verano pasado viví en un barrio popular sevillano donde también vivía una familia norteamericana y la gente nos distinguía como americanos a los que se les entiende y americanos a los que no se les entiende. Existimos, pues, americanos a quienes el pueblo español puede entender, ya que al menos hablamos su lengua y, de algún modo, formamos parte de su mundo, y americanos a los que no puede entender el pueblo español porque están fuera del mundo español. En otras palabras, hay hispanoamericanos y norteamericanos —americanos de habla española (o portuguesa, pero para mejor simplificar los englobo en una sola denominación) y americanos de habla inglesa—. La distinción es obvia, desde luego, aunque se tiende, como veremos, a olvidarla, y sin embargo, para tratar de enfocar al hombre americano es indispensable separarlo en sus dos principales vertientes.

Pues bien, lo que a los hispanoamericanos, y espero que también a los españoles, nos interesa, en primer término, es el hombre hispanoamericano. Así es que en esta primera conferencia me ocuparé de él y de sus problemas (no, por supuesto, de sus problemas circunstanciales —económicos, políticos, sociológicos, etc.—, sino sólo de sus problemas de hombre), de los problemas que va encontrando para ser el hombre que quiere ser o, mejor dicho, para saber cómo quiere ser hombre. En mi conferencia del jueves próximo me ocuparé del hombre norteamericano en relación con el hispanoamericano y desde el punto de vista hispanoamericano.

Debo, pues, decir algo, aunque sea lo más general y esquemático, sobre ese punto de vista hispanoamericano.

Hay tres puntos de vista posibles, o más bien pertinentes, para mirar al hombre americano.

El primer punto de vista no puede ser otro que el punto de vista europeo, el que examina y juzga al americano mirándolo desde Europa, desde la cultura europea y desde un concepto europeo de hombre. Creo que este es el único punto de vista que tiene o puede tener el europeo como europeo, colocado en su propia situación europea y sin entrar en la subjetividad americana, ya que si entrara en ésta, en

cierto modo se americanizaría, empañaría, como quien dice, la pureza, la claridad y la imparcialidad de su visión europea. No dudo de que éste sea el más claro y definido, el más maduro, pero le falta algo, le falta vida, vivencia, intimidad, experiencia de la cosa misma, y esto sencillamente porque no es enteramente, directamente, el punto de vista americano. No dudo que los americanos seamos en realidad como nos miran los europeos y no como nosotros nos miramos, pero el americano guarda su secreto, abriga su esperanza que el europeo no puede conocer mientras nosotros no lo manifestemos. El punto de vista europeo está naturalmente en el origen del punto de vista americano, es sin duda su fuente más o menos remota, pero se queda siempre en la distancia de lo conceptual, porque no nos ha acompañado en todo el recorrido del vivir americano.

El otro punto de vista es el que tiene el americano de sí mismo, viéndose desde dentro de sí mismo, desde su propia situación americana. Pero ya he dicho que no existe un hombre americano, sino dos por lo menos: el hispanoamericano y el norteamericano, y, por consiguiente, hay dos puntos de vista americanos: el norteamericano y el nuestro.

Pero resulta que el norteamericano sólo puede verse a sí mismo desde su propio punto de vista norteamericano y desde el punto de vista europeo. El norteamericano corriente, el *average man*, el hombre masa de los Estados Unidos sólo se mira desde dentro de su situación, desde su propio punto de vista norteamericano; pero el norteamericano culto se juzga a sí mismo y a su pueblo, compone su figura humana entre los suyos, mirándose al mismo tiempo desde Europa y desde los propios Estados Unidos. Tal es el caso clásico de Henry James, que ya es tradicional entre los poetas y novelistas norteamericanos, caso numerosísimo que hoy se repite egregiamente en Ezra Pound o en T. S. Eliot, y que en este último termina optando enteramente por Europa, concretamente por Inglaterra, haciéndose en efecto súbdito inglés. Nunca tiene o puede tener el norteamericano más que esos dos puntos de vista para entender al hombre de América: el punto de vista norteamericano y el europeo. De estos dos modos puede conocerse o juzgarse o formarse a sí mismo, pero jamás se le ocurriría colocarse, ni podría hacerlo, y hasta se sentiría disminuído si se colocara en el punto de vista hispanoamericano para juzgar al hombre norteamericano. Es que esto les parecería simplemente absurdo. Pero les pasa lo mismo cuando quieren juzgar al hispanoamericano, al cual solamente pueden mirar desde el punto de vista norteamericano y desde el punto de vista europeo norteamericano, nunca desde el punto de vista hispanoamericano, que ni siquiera llegan a conocer jamás. Así sucede que

por muy buena voluntad que tengan, como algunos la tienen; por más *good will* que pongan, los norteamericanos no entienden nada de Hispanoamérica ni del hispanoamericano. No ven en ella otra cosa que un caos, habitado por hombres incomprensibles, que no logran construir un país como los Estados Unidos, con los medios empleados en los Estados Unidos: la libertad, la democracia y el progreso material. Les pasa a los norteamericanos con Hispanoamérica lo que a muchos europeos con España: que no la entienden.

En cambio, los hispanoamericanos somos en realidad los únicos que podemos mirarnos a nosotros y a los mismos norteamericanos desde los tres referidos puntos de vista, ya sea alternativa o simultáneamente, es decir, desde el punto de vista europeo, desde el punto de vista norteamericano y desde el propio nuestro.

Así lo hemos venido haciendo a lo largo de nuestra historia, colocándonos alternativamente, y a veces simultáneamente, en los tres puntos de vista mencionados, con el fin de formar nuestro mundo hispanoamericano y tratar de encontrar nuestra manera de ser hombres.

Sólo pretendo señalar puntos y líneas muy generales para indicar la ruta del hombre, como hombre, en Hispanoamérica, sin detenerme en los detalles de su historia ni entrar en el contenido de los conceptos que se ha formado el hispanoamericano sobre sí mismo.

Como es obvio, los hispanoamericanos empezamos a ser o, mejor dicho, empezamos a hacernos hispanoamericanos desde un punto de vista europeo. No podemos pensarnos como hispanoamericanos desde un punto de vista indígena americano, si es que existe o ha existido alguna vez este punto de vista como cosa general en América. El español —aunque decirlo sea una perogrullada hay que decirlo porque suele olvidarse— marchó al descubrimiento y conquista de las Indias, con su punto de vista español, que era el punto de vista europeo más general o popular entonces. Por lo menos, era el punto de vista europeo de los españoles. No importa cuál haya sido ni cuán simple o complejo, ni las variedades y matices de criterio que en él cupieran. Lo podemos tratar como un signo algebraico. El Punto de Vista H. El punto de vista hispano o, mejor dicho, hispanoeuropeo. Lo que importa es que desde ese punto de vista el habitante de las Indias, esto es, el indio, tenía necesariamente que aparecer como deficiente de humanidad o (lo que viene a ser más o menos lo mismo) encasillado en formas aberrantes de humanidad. Es claro que la opinión de los primeros españoles sobre los indios dependió en buena parte de las distintas experiencias que tuvieron con los pueblos aborígenes —y aún de las intenciones que acerca de ellos abrigaron los conquistadores—, pero, como se sabe, la

opinión extrema fue la de que los indios no eran hombres, sino bestias, una extraña especie de animales parecidos al hombre.

No menos conocidas son las ideas de los misioneros a este respecto, sobre todo las de Fray Bartolomé de las Casas, así como el pensamiento de los teólogos juristas españoles y la bula de Paulo III "*Sublimis Deus*", que zanjó definitivamente la polémica a favor de la humanidad y de la racionalidad del indio, sentando las bases para su libertad y señalando la orientación de las leyes de Indias. Pero lo que me interesa hacer notar es que, si bien ya no se discute —desde entonces— la humanidad del indio, tampoco llega a pensarse o a quedar establecido que sea suficiente o que baste esa forma de humanidad. Desde el punto de vista hispanoeuropeo, el indio no sólo puede, sino que debe crecer en humanidad —y en adelante se le ve como un niño, como un menor de edad respecto al hombre europeo—. El indio, se piensa ahora, tiene que enriquecer su humanidad, elevarse a un más alto nivel humano. Esto es lo que se ha llamado el sentido misional de la conquista. A pesar de todos sus abusos y fallos, la colonización española de América no fue una empresa de explotación aurífera o de materias primas, sino una empresa, en alto grado espiritual, encaminada a la formación del hombre como hombre.

Dentro del concepto hispanoeuropeo del indio surgieron entonces dos tendencias divergentes, a las que debemos principalmente la situación actual del hombre en Hispanoamérica.

La una —predominante entre los conquistadores y sus descendientes— pretendía incorporar al indio a la civilización hispanoeuropea que se estaba fundando en tierras americanas o, lo que viene a ser lo mismo, poner a trabajar al indio, bajo el señorío de los españoles, en la obra de la colonización. Se le puede llamar a esta tendencia la tendencia feudal, pues aunque no llegó a serlo en la realidad política y social, fue ciertamente feudal como tendencia. Se ha dicho mucho (lo han dicho, sobre todo extranjeros) que el pueblo español es un pueblo de señores, que en España hasta el mendigo es un señor, y la verdad es, por lo menos, que el español tiene una vocación de señorío. Los indios, en cambio, eran generalmente macehuales, sumisos a sus caciques y señores. Por otra parte, los conquistadores no cruzaban el mar y acometían hazañas inauditas para resignarse a seguir siendo en las Indias labradores o porquerizos, como algunos lo habían sido en Extremadura o Andalucía. No sólo buscaban oro, como suele pensarse todavía, sino fundar señoríos permanentes con vasallos indígenas. Lo interesante de esto es que significaba la tendencia a la unión (no importa para la idea la forma de esa unión) del español y el indio, es decir, la hispanización del indio y, como resultado, la relativa indigenización del

español, la hispanoamericanización del hombre en aquellas nuevas tierras. El español quería adueñarse del indio, hacerlo suyo, vincularlo a su existencia, y esto, por más que se prestara a injusticias y aun atrocidades, era decisivo para la formación del hombre hispanoamericano. En ese proceso no sólo se producía la hispanización o hispanoamericanización del indio y la indigenización o hispanoamericanización del español, sino que, sobre todo, se produjo el mestizo, el mestizaje o la mestización racial y cultural en la que todos deberían entrar y no podían dejar de entrar para ser propiamente hispanoamericanos. Todo esto se realiza, como vemos, desde el punto de vista europeo, hispano-europeo, pero va dando origen al punto de vista hispanoamericano, nuevo punto de vista en que el pensamiento sigue siendo europeo o hispano-europeo; pero la manera de pensar, el estilo de pensar es hispanoamericano, la manera, digamos, de sentir el pensamiento es hispanoamericana.

Pero aquella tendencia feudal o feudalista de los conquistadores, como también se sabe, no llegó a prosperar. Fue vencida a mediados del siglo XVI por la otra tendencia a que me refería, dando esto fin a la conquista propiamente dicha, inaugurando lo que llamamos la colonia y orientando la sociedad hispanoamericana, desde su origen, en una dirección más democrática o, si se quiere, menos aristocrática, más popular. El triunfo de la tendencia que podemos llamar evangelizadora, principalmente representada por Fray Bartolomé de las Casas, lo indico únicamente para hacer resaltar sus consecuencias en lo que atañe a la hispanoamericanización del indio o, lo que es lo mismo, al futuro del indio como hombre hispanoamericano. Esa tendencia puramente evangelizadora o lascasiana (animada, desde luego, por el más noble espíritu de justicia) no quería la unión tal como la concebían los conquistadores, sino la separación de los españoles y los indios. Para la esencia de la doctrina lascasiana no era necesario incorporar al indio a la cultura europea ni a la civilización española. Bastaba cristianizarlo, convertirlo al cristianismo, para que realizara su verdadero destino como hombre. Era necesario, para protegerlo de la explotación y rapacidad del europeo, que el indio continuara viviendo en sus comunidades, conservando sus lenguas y aquellas costumbres de su gentilidad —como se decía— que fueran compatibles con la moral cristiana.

Es evidente que la doctrina lascasiana era más moderna que la tendencia aún medieval de los conquistadores. Dentro de la más pura ortodoxia católica, Fray Bartolomé de las Casas no deja de parecerse a las más grandes figuras de la reforma protestante. Su tendencia evangelizadora se podría llamar evangelista, si esta palabra no estuviera cargada de protestantismo. En todo caso, su pensamiento se acercaba,

en cierto modo, al que estaba alumbrando en una nueva Europa, en la Europa de la modernidad, principalmente en la representada por Inglaterra y que daría origen a los Estados Unidos. La que hoy llamamos Europa Occidental, en la que España no ocuparía el mismo puesto que en un tiempo tenía. La diferencia de la actitud de Las Casas y la de los ingleses consistía en que la primera era religiosa y la segunda secularizada. Mientras Las Casas y sus seguidores pretendían evangelizar al indígena, convertirlo en cristiano, los ingleses no perseguían otra cosa que comerciar con él, explotarlo económicamente. Nadie ignora lo que esto significó para los indios en los Estados Unidos.

En Hispanoamérica, en la medida en que se impuso la tendencia lascasiana, es decir, en aquellos lugares donde, por circunstancias que no hacen al caso, se hizo dueña del campo, los resultados fueron, si se quiere, beneficiosos para el indígena como indígena, pero no precisamente para la formación del hombre hispanoamericano. El indio meramente evangelizado se hizo cristiano o medio cristiano, pero siguió siendo meramente indio, aislado en su indigenismo. Las Casas fue también en esto un precursor: fue en realidad el Padre del Indigenismo, como le llaman los propios indigenistas. Pero no quiero detenerme en la famosa cuestión del indigenismo porque, viéndolo bien, no atañe propiamente al hombre hispanoamericano, sino al indígena antes de ser hispanoamericano. No es un problema del hispanoamericano como hombre, sino del indio, aunque sea el hispanoamericano el que tenga que resolvérselo al indígena. Una cosa es el indigenismo como literatura y otra como problema social, económico y político. Este último sólo concierne a los técnicos o especialistas, y no creo que tenga más que dos soluciones: o dejar al indio en su gentilidad, en su indigenismo, dándole tierras, crédito y maquinarias, con la escritura y los elementos del saber utilitario, como quieren algunos, o ayudarle a formarse como hombre hispanoamericano. Para que un indio sea hombre hispanoamericano es obvio que, por lo menos, debe hablar español —tener acceso a la literatura, a la cultura hispanoamericana y a la literatura y la cultura europea en que se nutre la hispanoamericana—. Lo que se llama literatura indigenista, en la medida en que no es pastiche, no es otra cosa que literatura hispanoamericana. Pero no puedo detenerme en esto, quiero seguir el hilo que va siguiendo el hombre hispanoamericano.

Dejemos, pues, al indio como un cabo suelto —tal como lo dejara la tendencia lascasiana, ayudada, naturalmente, por otros factores históricos, en que tampoco puedo detenerme, ya que no atañen a la cuestión principal—. Pero antes debo señalar que la política lascasiana contribuyó a enriquecer el mestizaje hispanoamericano por medio de la introducción del negro. En unas partes más, en otras menos, los his-

panoamericanos somos mestizos del cruzamiento de las tres razas: blancos, indios y negros, y nuestra sensibilidad propiamente hispanoamericana, lo mismo que el estilo de nuestra vida y nuestra cultura, combinan en mayor o menor proporción esos tres elementos.

Vuelvo a tomar el hilo de la tendencia conquistadora. Desviada (por la presión de la corona) de la orientación feudal con que empezara, esta tendencia fue la que creó la sociedad colonial hispanoamericana. En esa sociedad —que aquí no hay tiempo de examinar— se produjo el hombre hispanoamericano en su realidad concreta, con las variadísimas notas y matices de su temperamento —el criollo, el indio hispano, el negro hispano, el mestizo y mulato en todas sus combinaciones—. Dentro de las formas de comunidad que daban vida al trato de unos con otros, principalmente en la parroquia, en los gremios artesanos, en las ferias y fiestas patronales, en el mercado municipal o *tiangué* —para darle su nombre mejicano—, en la hacienda, nació una rica cultura popular hispanoamericana, cuya esencial unidad en toda Hispanoamérica es un verdadero milagro del espíritu hispánico. De esa cultura popular, que está muy lejos, por supuesto, de tener la profundidad, el espesor y la milenaria sedimentación de la europea, se nutren todavía las raíces del hombre hispanoamericano. Es, como he dicho, una cultura mestiza, pero elaborada, digamos cultivada, desde un punto de vista europeo y, por lo mismo, siempre menesterosa del abono europeo, hispanoeuropeo. El hombre hispanoamericano, nutrido de esa cultura popular, no es, desde luego, una idea del hombre, ni corresponde exactamente a un concepto del hombre, ni ha producido ningún ideal de hombre, pero es un hombre de carne y hueso. Sólo es posible conocerlo en la amistad o en la literatura, creado por la poesía. Aquí lo que vamos siguiendo es sólo su camino, la orientación que lleva en conjunto.

El hombre hispanoamericano de la colonia sólo superaba la cultura popular en las capitales como México, Lima o Guatemala. Pero allí la cultura era prácticamente española, siempre se estaba renovando con refuerzos de España. Como en otras ciudades florecientes, allí se concentraba una alta sociedad criolla que seguía las modas de Madrid. No obstante los obstáculos de todo orden, algunas de esas gentes alcanzaban un alto nivel de formación humana, que en nada desdecía del europeo. Sor Juana Inés de la Cruz, por ejemplo, o Rafael Sandívar. Florecen con extraordinario vigor la arquitectura barroca, el arte plateresco, la imaginería, el gusto por la belleza y el refinamiento de la vida, y en todo esto se insinúa una sensibilidad que los hispanoamericanos percibimos como nuestra.

Pero sucede, al mismo tiempo, que los que llegan de España, a menudo pasando por Italia (funcionarios, virreyes, gobernadores, oido-



res de las Audiencias y hasta alguaciles), llevan las últimas novedades, las modas cortesanas, las precisiones más recientes del punto de vista europeo. A pesar de que llegan de la vieja Europa nos encuentran atrasados, provincianos, hablando un castellano arcaico, mezclado de indigenismos o de acento negroide, rústicos y sencillos como campesinos españoles del siglo xvi. Deste el último punto de vista europeo, vuelve a encontrarse en el hispanoamericanismo una deficiencia de humanidad. El hecho va a tener consecuencias en el punto de vista hispanoamericano sobre su propia humanidad americana de ser hombre. El criollo encuentra al español peninsular (que ha llegado de Madrid o de Nápoles comparando desventajosamente, ¡nada más natural!, las ciudades de América con Sevilla o Toledo) altanero, insensitivo, por su incapacidad de percibir los encantos locales. Y esto acentúa la conocida rivalidad entre ciollos y peninsulares, cuyas consecuencias históricas se harán sentir muy pronto. A su vez, los peninsulares confirman en España la opinión popular de que los americanos “tienen un desarrollo intelectual precoz, pero llegados a la madurez pierden toda energía intelectual y se convierten en niños o en tontos”. El año pasado (en unas conferencias sobre Centro América, en esta cátedra) me refería al ensayo del Padre Feijoo: “Españoles americanos” —Feijoo combate ese parecer como error popular, pero esto sólo en apariencia, con fina habilidad, pues, en el fondo, sabe que es cierto (como lo es, en efecto) y en realidad se reduce a explicarlo—. Lo que Feijoo viene a decir en su ensayo, traducido al lenguaje periodístico de nuestro tiempo, es que las deficiencias del hombre americano, su dificultad para dar la talla del hombre europeo, se deben a la falta de ambiente, a la escasa condensación cultural que se obtiene en América. Es, más o menos, lo mismo que decía Henry James de los Estados Unidos, y lo que dice hoy día el maestro Ezra Pound en uno de sus poemas, cuando asegura que los americanos al llegar a mitad de la vida perdemos el interés.

Ocurre, sin embargo, que en el siglo xviii, los criollos hispanoamericanos empiezan a darse cuenta de este hecho, de esta falta de ambiente que les impide dar la medida de su humanidad. Comienzan a comprender que los peninsulares no andan descaminados en la opinión que se hacen de los americanos. Lo que ha pasado, en realidad, es que los criollos han descubierto otro punto de vista europeo y esto por influencia de los ilustrados españoles, de Feijoo y Jovellanos y de los escritores ingleses y franceses de la Ilustración. Han descubierto la nueva Europa de los siglos xvii y xviii, la que hoy llamamos Europa Occidental, y han empezado a mirarse a sí mismos desde ella. Este nuevo punto de vista europeo es el mismo de siempre, pero con la diferencia fundamental de estar secularizado, divorciado o, por lo menos, sepa-

rado de su sentido religioso y tradicional. Su concepto del hombre es ahora el de un europeo más libre, que se guía por su sola razón y persigue el dominio de la naturaleza por medio de la ciencia y de la economía modernas. Y a esta luz va a componer su figura el hispanoamericano de finales del siglo XVIII y casi todo el siglo XIX. Cuando así se descubre a sí mismo, se encuentra prisionero de un pasado anacrónico y trata de hacerse hombre libre e independiente para ponerse al día. Lo más significativo es que este nuevo hispanoamericano encuentra ahora al peninsular insuficientemente humano, y atrasada, anacrónica, a España. Piensa que España se va quedando fuera de la corriente de la historia. Por esta causa —con otras de orden político y económico de sobra conocidas— se produce la Independencia de Hispanoamérica. Viene entonces la fragmentación del mundo hispanoamericano, la formación de naciones hispanas independientes entre sí, y el hispanoamericano va a pensar en sí mismo, más bien como mexicano, argentino o nicaragüense. Se encuentra con las manos llenas de problemas que él mismo tiene que resolver localmente, puesto que se ha hecho cargo de la situación en su país. Por añadidura, el hispanoamericano que se mira desde el nuevo punto de vista europeo se siente sólo. No es más que un intelectual a quien el pueblo no comprende, no sigue, porque el pueblo desconoce el nuevo punto de vista europeo. La sociedad, el pueblo, siguen siendo coloniales, hispanos; es decir, hispanoamericanos a la antigua usanza. Son semibárbaros, retrógrados, refractarios a las reformas sociales y políticas. No son hombres modernos. Las luchas que provoca el nuevo hispanoamericano independiente con el fin de transformar la sociedad, de crear la nueva sociedad de hispanoamericanos libres como él, sólo acarrearán guerras civiles encaminadas a la conquista del poder y de estas guerras surgen nuevas guerras civiles y dictaduras militares para la conservación del poder. Para el pueblo, el dictador, el general, el jefe de facción, el Facundo de Sarmiento, el tirano Banderas de Valle Inclán, el Señor Presidente de Miguel Angel Asturias, ese es el hombre. Así le llama el pueblo generalmente: el Hombre. Se abre una época (aún no cerrada todavía) en que parece que el hombre del pueblo hispanoamericano abdica su humanidad en el hombre a secas, en el Hombre, el hombre del poder.

Frente a esa situación, el hispanoamericano inteligente, el intelectual desinteresado, se encuentra una vez más ante la deficiencia de humanidad de que le acusa su conciencia europea. Atribuye toda esa incapacidad de conducirse como hombre al atavismo español, a la herencia española que ha quedado en el vivir hispanoamericano. Las cosas se empeoraban por la herencia indígena y por la negra. Sarmiento afirmaba con toda seriedad que los españoles tienen el cerebro más pequeño

que el resto de los europeos a causa de la Inquisición, y los hispanoamericanos más reducido aún que el de los españoles a causa de la mezcla de razas. La mayoría de los intelectuales hispanoamericanos pensaban en esto como Sarmiento, pero no todos. Don Andrés Bello recordaba que las virtudes que habían hecho la Independencia eran virtudes españolas. En todo caso, el intelectual hispanoamericano posterior a la Independencia —así el romántico como después el positivista— no era optimista respecto al hombre hispanoamericano. Al observar la naciente grandeza de los Estados Unidos, sus libertades y prosperidad, empezaba a proponérselos como meta. Ya no era suficiente mirarnos desde Europa, era necesario completar ese punto de vista mirándonos desde el punto de vista norteamericano. “No esperemos nada de Europa —escribía Sarmiento—, que nada tiene que ver con nuestras razas. Algo puede venirnos de los Estados Unidos, de donde nos vinieron nuestras instituciones.” “Alcancemos —agregaba el maestro argentino— a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el océano. Seamos los Estados Unidos.”

Ese programa de Sarmiento es todavía una tentación; es decir, un peligro para el hispanoamericano contemporáneo. Los primeros que van a plantearse ese problema a fondo son los poetas, los maestros que tienen un ideal estético, mejor digamos, un sentimiento poético de la vida como Rodó, como Rubén Darío y los hombres de la generación modernista, cuyas repercusiones llegan hasta nosotros—. Ellos son los primeros que reconstruyen en términos válidos la unidad cultural de Hispanoamérica y señalan un rumbo más íntimo, menos político, a la sensibilidad hispanoamericana, redescubriendo y creando desde su interioridad al hombre hispanoamericano. Los modernistas nos prepararon para asimilar nuestro pasado, para hacernos —como quería Van Wick Brooks en los Estados Unidos—, *a usablê past*, un pasado que podamos utilizar. Y desde ese pasado, un futuro con posibilidades interesantes para el hombre como hombre. Fueron también los modernistas los primeros que vislumbraron que mientras el hombre hispanoamericano aún está en condiciones de hacerse a sí mismo desde sí mismo, desde sus propias raíces, el norteamericano se halla más bien en trance de deshacerse, muy avanzado en un proceso de deshumanización, en peligro de convertirse en un autómatas. De esto hablaré en mi próxima conferencia.

José Coronel Urtecho.  
Zurbano, 86  
MADRID